

El poder de las energías renovables



DIDIER TAVERA AMADO
Director Ejecutivo de la Federación Nacional de Departamentos

Uno de los propósitos sustanciales del Plan Nacional de Desarrollo es el fortalecimiento de la matriz energética del país, a partir de su diversificación con el uso de fuentes cada vez más limpias. Esa es una saludable previsión futurista, pese a que 70% de la generación eléctrica está basada—según la *Unidad Planeación Minero-energética*— en los recursos hídricos que aquí parecerían infinitos.

Desde la perspectiva de la sostenibilidad ambiental, dispone de una matriz limpia, pues el uso de recursos fósiles generadores de las mayores emisiones del CO2 en detrimento de la atmósfera son limitados. El índice de Cobertura de Energía Eléctrica (Icce) la cobertura es de 97% de los hogares, lo que demuestra que nos enfrentamos por ahora a situaciones apremiantes.

Sin embargo, fenómenos como el cambio climático y la expansión acelerada de la contaminación hacen indispensable acelerar la marcha de proyectos de fuentes alternativas y renovables, cuyo mayor potencial está representado en los recursos inextinguibles.

Por eso constituye un acierto el hecho de que el *Gobierno Nacio-*

nal y los gobiernos regionales se hayan comprometido con el cumplimiento de las previsiones consignadas en el PND. Cinco departamentos de la Región Caribe, la de mayor potencial en el ámbito de las energías eólica, están avanzando en iniciativas que tendrán un hondo calado social.

Su compromiso se ha ido materializando en un plan de transformación energética que, de cumplirse efectivamente, transformará a La Guajira y a otros departamentos del área en los principales generadores de energía limpia, con el justo rédito social. No en vano 15 de los 22 proyectos presentados en recientes subastas están ubicados en la Costa Caribe. El poder del viento que sopla desde el Caribe ya no es solo motivo de inspiración de odas y poemas, sino que se convierte en un motor natural de impulso a la energía eólica. Está probado que allí la velocidad del viento es dos veces superior que en otras zonas del litoral en el mundo. Por eso tiene sentido y el valor de un compromiso ineludible los anuncios hechos de distintos niveles de la administración pública en el sentido de que todos los colegios y puestos de salud del departamento contarán con energía.

No deben pasar desapercibidos los esfuerzos pedagógicos emprendidos por el *Gobierno Nacional*, en sinergia con las administraciones territoriales, para concientizar a los estudiantes, desde edades tempranas, sobre

la importancia de las formas alternativas de generación eléctrica. Recientemente, en Manaure, el ministro Diego Mesa instaló una cátedra sobre este trascendental tema en la Institución Etnoeducativa Rural de La Paz. El énfasis ha estado puesto en la importancia que ha venido cobrando la transición energética en el país.

La llegada de la energía a zonas marginadas del país, en tiempos en que la crisis pandémica ha incrementado los indicadores de pobreza, representa un potosí de oportunidades para potenciar la educación y para abrir nuevas compuertas a la conectividad en beneficio del aprendizaje.

La suma de los recursos del departamento a los de Atlántico, Bolívar, Cetary Magdalena permitirá, en un término razonable, pasar de 50 a 1.500 megas de capacidad instalada en fuentes no convencionales de energías renovables. Eso serviría para llevar el servicio a unos cinco millones de personas. Es claro que proyectos de esa magnitud requerirán de la construcción de una sinergia entre los gobiernos y el sector privado, pues requerirán de inversiones del orden de US\$1.800 millones.

El elemento más rescatable es que el PND estimula la migración de la matriz energética hacia fuentes más limpias y con capacidad para generar un ecosistema social más promisorio.

Lea la columna completa en web

De respuestas equivocadas y la falta de liderazgo

Después de todo lo que ha pasado esta semana, que desafortunadamente se repite cada vez que se plantea una protesta, muchos le van a atribuir al *Gobierno* una falta de liderazgo. De hecho, esa es una de las críticas que se le hace con mayor frecuencia. Pero escarbándole un poco, no queda muy claro a qué se refieren.

En la mayoría de las ocasiones, pareciera que quienes usan el concepto de “ausencia de liderazgo”, comparan la situación actual con la imagen que tienen del líder todopoderoso que aglutina a una mayoría alrededor de una idea que los lleva a un resultado favorable. Las historias de Churchill, Lincoln y tantos otros, evocan recuerdos de grandeza, de aquellos súper hombres que gracias a su tenacidad y su valor guiaron a muchos a enfrentar con determinación los problemas que enfrentaban.

Ese liderazgo que se añora, nunca tuvo mucho de real. Mas allá de la idealización que se hace de ciertos personajes que tuvieron un impacto descomunal en circunstancias excepcionales, siempre ha estado el trabajo coordinado de mucha gente y la medida adecuada de suerte que culminó en el resultado que la historia conoce.

Por eso, más que de su grandeza, un líder depende de la relación que tiene con la estructura que le otorga la autoridad, sea esta el gobierno de una nación o la obediencia de un movimiento. Y sin embargo, como ocurre en muchos otros países, seguimos esperando demasiado de nuestros gobernantes. Y eso plantea un problema, porque mientras recordamos con nostalgia a los grandes del pasado y anhelamos la llegada del salvador, no terminamos de entender el contexto actual.



VICENTE ECHANDIA
Diplomático

Reconciliémonos, por favor



PAULA GARCÍA
Conductora Red+Noticias

Para algunos, la culpa de la actual rebeldía la tiene Iván Duque, un presidente que a pesar de su juventud se muestra cerrado y testarudo. Para otros, el descontento nacional lo ha capitalizado Gustavo Petro a través de las redes sociales como su mejor plaza pública. Unos más, achacan la responsabilidad de la inconformidad del presente a los ex presidentes Alvaro Uribe y Juan Manuel Santos por dividir al país desde la época del plebiscito por la paz.

La verdad es que hay de todo un poco. Hoy, los colombianos somos el resultado de un revotijo de discursos divisorios que han ido escalando en la agresividad de sus ataques, que nos contaminaron. La hostilidad que golpea de polo a polo nuestra geografía merece un alto en el camino. Lo que está pasando requiere trascender los apasionamientos políticos y exige madurez de la sociedad para no caer presa del populismo. ¡Urges una reflexión!

La energía que nos está robando la pandemia y sus catas-

tróficos efectos nos tiene distraídos. No hay tiempo ni ganas para detenernos a examinar cuán desunidos estamos y el daño que tal nivel de polarización nos está causando. Por eso, ad portas de elegir un nuevo mandatario, la prioridad debe ser un proyecto de nación.

No necesita Colombia, en tan sensible momento, un candidato que prometa solucionarlo todo con infulas de mesías. Tampoco uno que pretenda ganar la contienda criticando y echando agua sucia a su antecesor. Lo que el país demanda es un líder que demuestre tener la capacidad, la voluntad y las maneras para reconciliarnos.

De la anarquía no quedan sino los daños, pero también una lectura de patria muy preocupante. Llegó el momento de apaciguar las aguas, de superar las culpas para salir del estancamiento, de cambiar el tono del debate público.

Nos está pasando cuenta de cobro en las calles, en el apoyo popular a las iniciativas del *Gobierno*, en el consenso político y hasta en el relacionamiento con nuestros congéneres todos estos años en los que permitimos que se alimentara una Colombia de bandos. Nos perdimos el respeto, nos volvimos enemigos.

Al cumplir sus primeros 100 días al frente de la Casa Blanca, el presidente Joe Biden invitaba a los estadounidenses a unirse para salvar el alma de la nación. Nada más cercano a lo que nuestra realidad necesita. Nos convertimos en un pueblo fragmentado, que se acostumbró al conflicto. Alentados por los extremos y los radicalismos terminamos, quizá sin darnos cuenta, participando en la construcción de un país que ahora tiene el alma herida. Un país que ya ni siquiera honra a sus instituciones.

La política no tiene corazón, mas sus destinatarios sí. Que las rencillas partidistas no nos sigan envenenando. Que los mensajes incendiarios dejen de manipularnos. Si el país se desbarata, producto de la desunión, todos caeremos con él. ¿A quién le conviene un escenario así? Reencontrarnos para recomponernos debe ser el fin.

Ante el hartazgo, salir corriendo a vivir al extranjero es algo que podrán hacer solo unos pocos. Entre todos debemos resguardar una democracia que patalea por mantenerse en pie. Esa misma que permite que esos mensajes de nuestra voz ante las insatisfacciones mientras reclama altura en las formas. Colombia es nuestro mayor bien común. El más valioso. Aquí está todo lo que somos.

SI NO EMPEZAMOS A CAMBIAR LO QUE ESPERAMOS DE LOS LÍDERES NOS PODEMOS QUEDAR CON LO PEOR

Por varias razones, instituciones tradicionales como gobiernos, partidos políticos y medios de comunicación han perdido poder y se han debilitado. Las redes sociales han multiplicado las tribunas millones de veces, generando miles de influenciadores que profundizan ese debilitamiento. El mundo no es más lo que conocimos.

Pero en este nuevo y cambiante contexto, todavía no se tiene claridad sobre dos aspectos fundamentales: los límites que enfrentan quienes gobiernan y el papel que le corresponde jugar a los demás.

Frente al primero, muchas veces se olvida que el gobierno, antes que un ente lejano y ajeno a los que no son gobierno, no es más que un grupo de colombianos, de a pie, a los que se les encomienda, por un período determinado, cumplir con ciertas tareas para que, en principio, las cosas mejoren para todos. De eso se trata. Aquí no hay magos ni soluciones milagrosas.

Respecto del segundo aspecto, lo que sí es seguro, es que desde hace rato dejó de ser un tema del gobierno y los que se le oponen. Por esto, el papel que le corresponde a los ciudadanos de hoy pasa necesariamente por una mayor participación en los asuntos públicos, esos que suenan aburridísimos, pero que nos tocan a todos. Por hacer un esfuerzo e ir más allá de lo que hasta ahora se ha hecho, desde el sector privado, pasando por la academia hasta las personas del común.

Se viene una elección difícil y si no empezamos a cambiar lo que esperamos de nuestros líderes y lo que estamos dispuestos a asumir como ciudadanos, nos podemos terminar quedando con lo peor; entre los cuentos de aquellos que nos salvaron y los que prometen salvarnos a punta de más cuentos y fórmulas imposibles.